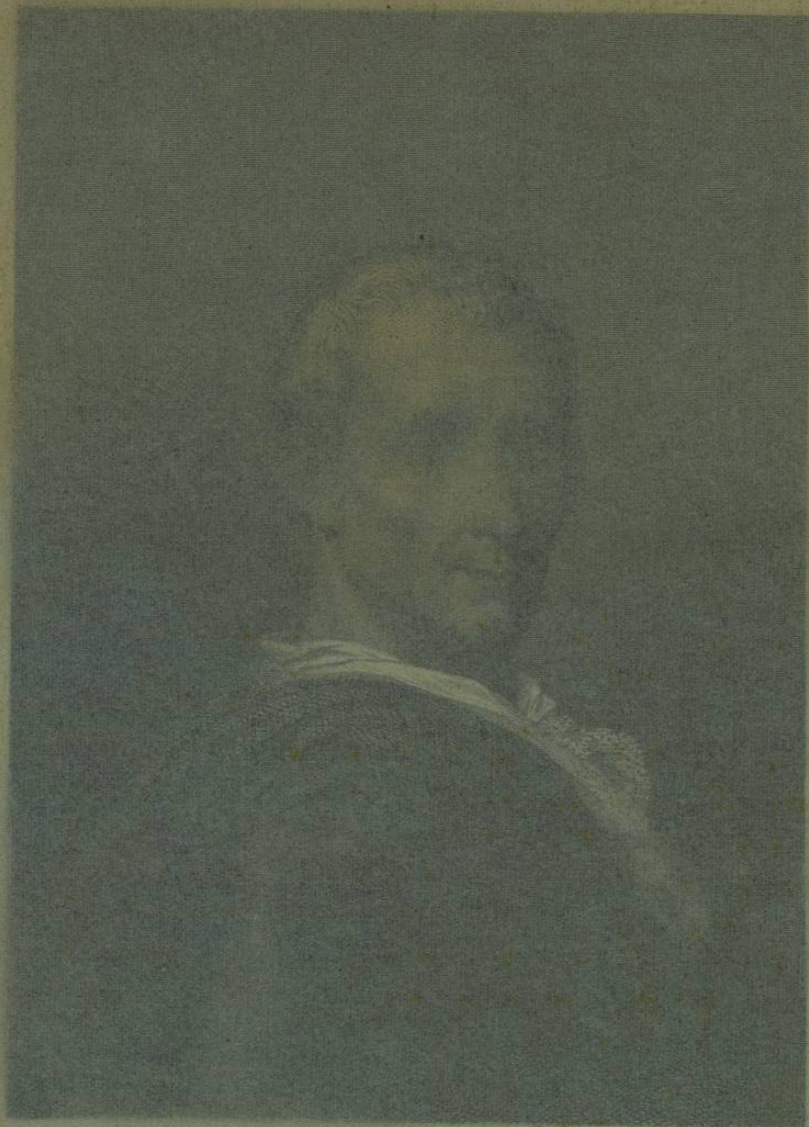


MONTESQUIEU

Garnier frères, Éditeurs.

Imp. Ch. Courcier, au Palais National.

gran error de los periodistas en no haber una de las cosas
de la verdad en su vida. Entiendo que hasta que un
hombre no sea por sí mismo antiguo no tiene razón ninguna
para las guerras. Esto lo dice Voltaire, o mejor Montesquieu,
y es justo aplicárselo. Recorriendo en muchos
del siglo XVIII, he encontrado no pocas veces el gran
y la imponente figura de Montesquieu y jamás en él me he
Por que? Por varias razones. La primera, porque es uno
de los hombres a quienes se acerca uno con temor a causa del res-
peto que inspiran y de la especie de religion fundada en ellos.
Segunda, porque ya maestros han hablado de él y es inútil repetir
una vez se ha dicho bien. Otra razón, en fin, razón per-
tinetemente particular a esta clase de historiadores, es que cuando
se trata de un hombre siempre algo de periodista, se busca la
verdad y se limita precisamente a ha-
cerla. Otra razón, también de la especie (otra expresión
de la misma) es que alguna circunstancia natu-
ral o política ha sido la ocasión.
En resumen, en esta historia de Montesquieu. Tenemos
una historia digna de él, pero no es una historia com-
pleta y de sus obras. Se saben muchos detalles; pero no
sería de desear ni todos los que se hubieran podido reco-
rder. Se dijo que dejado un gran número de manuscritos. Se dijo que



MONTESQUIEU

Garnier Frères Éditeurs

MONTESQUIEU

I

« El gran error de los periodistas es no hablar sino de los libros nuevos, como si la verdad no fuera vieja. Entiendo que hasta que un hombre haya leído todos los libros antiguos no tiene razón ninguna para preferir los nuevos. » Esto lo dice Usbeck, ó mejor Montesquieu, en las *Cartas persas*, y es justo aplicárselo. Recorriendo en muchos sentidos el campo de siglo XVIII, he encontrado no pocas veces el gran nombre y la imponente figura de Montesquieu y jamás en él me he detenido ¿ Por qué ? Por varias razones. La primera, porque es uno de esos hombres á quienes se acerca uno con temor á causa del respeto real que inspiran y de la especie de religión fundada en ellos. La segunda, porque ya maestros han hablado de él y es inútil repetir mal lo que una vez se ha dicho bien. Otra razón, en fin, razón pertinente más en particular á esta clase de bosquejos, es que escribiendo en los periódicos se tiene siempre algo de periodista, se busca la oportunidad, se espera la ocasión, y sin limitarse precisamente á hablar sólo de las obras *todavía calientes de la fragua* (otra expresión de Montesquieu), se desea á lo ménos que alguna circunstancia natural nos lleve á las obras antiguas ó llame sobre ellas la atención.

Una cosa así esperaba yo para hablar de Montesquieu. Tenemos buenos y elocuentes elogios sobre él ; pero no existe una historia completa de su vida y de sus obras. Se saben muchos detalles ; pero no tantos como sería de desear ni todos los que se hubieran podido recoger. Él había dejado un gran número de manuscritos. Se dijo que

M. de Secondat, hijo suyo, á fines de 1793, cuando en Burdeos empezaba á correr sangre, habia echado al fuego los papeles y manuscritos de su padre por temor de que en ellos pudieran descubrir pretextos para inquietar á su familia. Era caso de muerte en aquellos tiempos el ser hijo de Montesquieu ó de Buffon y lo más seguro era hacerlo olvidar. Uno de los primeros actos de los exaltados de París habia sido declarar á Montesquieu imbécil y aristócrata. Pero esta noticia de la destruccion de los manuscritos no era cierta, pues el gran investigador biógrafo, Walckenaer, tuvo el gusto de participar lo contrario ya hace tiempo al público letrado. La principal porcion de aquellos manuscritos se trajo á París en 1804 y M. Walckenaer, en premio de su celo, pudo examinarlos durante algunas horas. Con tal motivo dió á luz una carta acompañada de algunos extractos de los manuscritos (1). Despues, el exministro M. Lainé habia obtenido licencia de la familia Secondat para hacer investigaciones en sus preciosos archivos; meditaba un trabajo sobre Montesquieu que no pasó nunca de proyecto. Esperemos que subsista aún esta herencia de familia y que al fin se sacará partido de ella en interes de todos y en el de la gloria del ilustre antepasado. Montesquieu no es de los hombres que pueden temer la familiaridad: es un grande espíritu de cerca como de léjos, sin pliegues del corazon que ocultar; cuantos le conocieron alaban su bondad; su *bonhomie* era igual á su genio. Las escasas notas suyas que han sido publicadas, han dado vida y movimiento á su fisonomía, vida que tiene majestad: « Plutarco me encanta siempre, decia; hay circunstancias en las personas que causan gran placer. »

Nació en el castillo de *la Brède*, cerca de Burdeos, el 18 de Enero de 1689; pertenecia á una familia de toga y de espada de la buena nobleza de Guyena: « Aunque mi nombre no sea bueno ni malo, decia, pues no cuenta más de doscientos cincuenta años de nobleza probada, le tengo apego. » Su padre, que habia servido y se retiró pronto, se esmeró en educarle. El jóven Montesquieu fué destinado á la magistratura. El estudio fué siempre su pasion. Se habla de obras bastante atrevidas que compuso prematuramente y que tuvo la loable

(1) Véase el tomo II, pág. 301, de los *Archivos literarios de Europa* (1804).
N. del A.

prudencia de no dar á luz. Leia con la pluma en la mano y reflexionando: « Al salir del colegio pusieron en mis manos libros de derecho; busqué en ellos el espíritu. » Este espíritu de las cosas del derecho y de la historia fué la investigacion de toda su vida; no descansó hasta que creyó haberlo encontrado. Su genio era esencialmente inclinado á este género de consideraciones. Unia á él una imaginacion rápida que revestia fácilmente el pensamiento y la máxima de una forma poética como hacia su compatriota Montaigne. Profesaba culto á los antiguos; pero no conoció nunca mucho aquella primera antigüedad sencilla, natural y cándida, de la que Fenelon era entre nosotros como un coetáneo rezagado. La antigüedad de Montesquieu era más bien aquella segunda época más reflexiva, más trabajada y ya latina; ó por mejor decir, juntaba y confundía las antiguas edades, pedia rasgos ó alusiones propias para realzar el pensamiento moderno, á todas las épocas de los antiguos, desde Homero hasta Séneca y Marco Aurelio. Alusiones y rasgos que eran como vasos de Corinto colocados en sitios manifiestos y que son un glorioso testimonio. Un rasgo de Homero, un verso de Virgilio, rápidamente fundidos en su pensamiento, le parecía que lo acababan mejor y lo consagraban bajo una forma divina. La obra de Montesquieu está toda ella incrustada de estos fragmentos de altares. « Confieso mi aficion á los antiguos, exclamaba; la antigüedad me apasiona y siempre estoy dispuesto á decir con Plinio: « *Vais á Aténas, respetad á los dioses* (1). »

Y el mismo Montesquieu, sintiendo así, merece que se le trate como á un clásico antiguo; citar á Montesquieu, poner en un escrito alguna frase suya, es una honra.

Fué consejero del Parlamento de Burdeos desde 1714; á la muerte de su tío en 1716 le sustituyó en la presidencia: tenia veinte y siete años. Hablando de su amigo el mariscal de Berwick, que en la adolescencia mandaba un regimiento y era gobernador de una provincia, decia Montesquieu: « Así se encontró á la edad de diez y siete años en una situacion tan lisonjera para un hombre que tiene alma elevada, viendo el camino de la gloria enteramente abierto y la posibilidad de hacer grandes cosas. » Sin que digamos lo mismo de la pre-

(1) Véase la noble carta de Plinio el Jóven, la 24.^a del libro VIII.

sidencia obtenida tan pronto, Montesquieu también pudo verlo todo, juzgar á los hombres á su nivel y llegar sin esfuerzo al cabo de su camino, bastándole escoger entre las relaciones que se le ofrecían. Entónces fué cuando conoció íntimamente al mariscal de Berwick, nombrado gobernador de Guyena. Nacido sin ambición de fortuna, se encontró en un rango que podía parecer modesto entre los más altos, pero que por lo mismo era á propósito para su papel de observador político. Pudo utilizar sin perder nada toda su juventud.

Montesquieu desempeñó á conciencia por espacio de diez años su oficio de magistrado; pero encontrándose más cohibido á medida que sus estudios se extendían más, vendió su presidencia en 1726. Reconocía él mismo que no servía para los empleos, para lo que se llama un estado ó profesion: « Lo que siempre me ha dado una opinión bastante mala de mí, decía, es que hay muy pocos estados en la república para los cuales haya podido yo servir. En cuanto á mi oficio de presidente, comprendía yo bastante bien las cuestiones en sí mismas, pero del procedimiento no entendía nada; tengo el corazón muy recto. Yo me aplicaba; pero lo que me apenaba más era ver en los estúpidos el talento que á mí se me escapaba, por decirlo así. » Se ve que Montesquieu era poco práctico y puede añadirse sin aventurarse que no practicaba. ¿ Hubiera estado más en su lugar en el puesto de canciller de Francia que en el de presidente de Burdeos? Hombre honrado como Aguesseau, literato y filósofo como Bacon, ¿ hubiera sido más capaz que ellos para los negocios? Una carta escrita al comienzo de sus viajes revela que un instante pensó hacerse embajador y ser empleado en las córtes extranjeras; pero de todos modos hubiera seguido siendo lo que todos sabemos y admiramos: el grande, el inmortal investigador, con frecuencia atrevido pero fecundo siempre, del espíritu de la historia.

Los primeros escritos suyos que tenemos son discursos que compuso para la Academia de Burdeos, de la cual fué miembro desde 1716; el talento ya se muestra allí; se sorprende ya en su origen la forma predilecta de Montesquieu, la imágen ó la alusión antigua aplicada á ideas y cosas modernas. Pero hay mucho aparato, demasiado lujo de mitología. En un informe sobre la causa física del eco, ó sobre anatomía, hace intervenir á las ninfas y á las diosas. En estos ensayos imita

visiblemente á Fontenelle, cuyos ingeniosos Informes á la Academia de ciencias estaban hechos para seducir.

Las siguientes frases ¿ son de Montesquieu ó de Fontenelle? (Se trata de los descubrimientos físicos que, después de haberse hecho esperar durante siglos, aparecen de repente con Galileo y Newton):

« Se diría que la naturaleza ha hecho como las vírgenes que habiendo conservado mucho tiempo su más preciado tesoro, se dejan arrebatar en un momento lo que han guardado con tanta precaución y defendido con tanta constancia. »

Y esta otra:

« La verdad algunas veces parece que corre al encuentro del que la busca; suele suceder que no haya intervalo entre el deseo, la esperanza y el goce. »

Montesquieu, como académico de ciencias de Burdeos, pagó pues un ligero tributo á la moda y á su admiración por Fontenelle.

Lo que más gusta observar en estos primeros ensayos de Montesquieu es el amor á la ciencia, la afición al estudio aplicada á todos los objetos. Poseemos no solamente Informes suyos sobre ajenos trabajos, sino también sus propias Observaciones de historia natural leídas en Noviembre de 1721. Había observado insectos y musgos con el microscopio, había disecado una rana, había hecho estudios sobre las cualidades nutritivas de vegetales diversos. El autor no concedía á estas observaciones y experiencias más importancia de la que merecían: « Son el fruto de la ociosidad del campo. Esto debía morir donde nació; pero los que viven en una sociedad tienen deberes que cumplir y nosotros debemos cuenta á la nuestra de los pasatiempos más pueriles. » Hasta parece que al terminar la Memoria se empeña Montesquieu en amenguar el mérito del observador, el cual necesita á veces toda la sutileza de su espíritu y una invención ingeniosa para atraer el hecho al alcance eficaz de su mirada:

« No es necesario mucho ingenio, decía Montesquieu, para haber visto el Panteón, el Coliseo, las Pirámides; no es preciso más para ver un insecto en el microscopio ó una estrella por medio del telescopio; por eso la física es tan admirable: grandes genios, espíritus estrechos, vulgares medianías, todos hacen su papel. El que no descubre un sistema como Newton hará una observación con la que pondrá

en tortura al gran filósofo. Sin embargo, Newton siempre será Newton, es decir, el sucesor de Descartes, y el otro será un hombre común, un vil artesano, que habrá visto una vez sin haber quizá pensado nunca.»

No veamos en estas palabras el desprecio del hecho, sino la subordinación del hecho á la idea, lo cual es característico en Montesquieu. En otra parte hace más justicia á las observaciones cuando dice « que son la historia de la física y que los sistemas son la fábula. » Así, pues, Montesquieu se ocupaba desde el principio en las ciencias naturales, como poco despues lo habia de hacer Buffon y más tarde Gæthe. Suministraba los fondos para un premio de anatomía y no buscaba más que triunfos serios que convinieran á la gravedad de su posición.

Pero á la vez que trabajaba en esta pequeña Memoria sobre objetos de historia natural, producía otra obra para la cual no habia tenido necesidad de microscopio y en la que le habia servido su vista natural. Las *Cartas persas* vieron la luz, anónimas, en 1721 y obtuvieron un éxito asombroso; formaron el libro de la época.

Son las *Cartas persas* un libro capital en la vida de Montesquieu. Este no hizo verdaderamente más que tres obras: estas *Cartas* (1721), el admirable libro *la Grandeza y la Decadencia de los Romanos* (1734), que es como un episodio avanzado de su *Espíritu de las Leyes*, y por último *El Espíritu de las leyes* (1748). La forma de estas tres obras difiere, aunque no tanto como se creeria. El fondo de las ideas difiere ménos aún. En el libro sobre los romanos es en el que el autor más se reprime; es dueño de sí de un cabo al otro; su tono es firme, elevado, sencillo y enteramente á la altura de la majestad del pueblo-rey. En el *Espíritu de las leyes* se mezcla á menudo y no se sabe cómo el epigrama á la grandeza. En las *Cartas* el jóven Montesquieu deja ver lo serio en lo festivo; la mayor parte de sus ideas se encuentran allí en germen, y no sólo en germen sino ya desarrolladas: es ménos discreto que más adelante, no hay otra diferencia. En este sentido principalmente parece ménos maduro. Conservará la mayor parte de sus ideas, sólo que en sus obras futuras no las dará lo mismo, reflexionará de otra manera y no hablará sino seriamente, sintiendo cada vez más la grandeza de la invención social y deseando el ennoblecimiento de la naturaleza humana.

Cuando se quiere apreciar la naturaleza y forma del espíritu de Montesquieu, se debe recordar lo que escribía hácia el fin de su vida, cuando contestaba á d'Alembert que le habia pedido para la *Enciclopedia* algunos artículos tratados ya en el *Espíritu de las leyes*: « Sobre esos artículos, decia, he sacado ya todo lo que tenía en mi cabeza. Mi espíritu es un molde y siempre saco de él los mismos retratos. Os diria pues lo que ya he dicho y tal vez peor que ya lo he dicho. » Esta unidad fundamental del molde se descubre en Montesquieu con toda su variedad de producciones y desde su primera obra hasta la última.

Lo que dá a las *Cartas persas* la marca de la Regencia es lo que tienen de irreverencia y de libertinaje para sazonarlas al gusto de aquel tiempo; ¿ De dónde sacó Montesquieu la idea de hacer hablar así á los persas y de poner bajo un disfraz tan ligero sus pensamientos propios? Se dice que debió la idea á Dufresny quien, en un libro titulado *Divertimientos serios y cómicos*, supuso para mayor variedad un siamés en París llovido de las nubes en plena calle de Saint-Honoré y haciendo reflexiones á su manera.

Personas versadas en la literatura inglesa prefieren suponer que Montesquieu tuvo presente una carta que se supone escrita en Londres por un indigena de Java y que se puede leer en el *Spectateur* de Addison (1).

Pero que la idea provenga del siamés ó del isleño de Java, es original en Montesquieu por el desarrollo que le da y el atrevimiento con que la naturaliza en la capital de la nación francesa. Las *Cartas persas* con todos sus defectos pueden ser consideradas como uno de los libros de *genio* que ha producido nuestra literatura.

Usbek y Rica, dos amigos, dos persas de distincion, salen de su país para hacer un viaje á Europa. El principal personaje que es Usbek tiene un serrallo en Ispahan y al partir lo deja al cuidado del grande eunuco negro á quien recuerda de tiempo en tiempo sus severas recomendaciones. En el serrallo hay mujeres que el personaje distingue y ama particularmente, y el autor quisiera interesar al lector en esta parte novelesca de un gusto asiático muy acentuado y estudiado. Pudo lograrlo sin duda en la fecha de 1721; la parte

(1) Véanse los *Estudios críticos* por Mauricio Meyer, página 174 (1850). — Meyer ha hecho un estudio sobre las *Cartas* de Montesquieu. N. del A.

libertina y, por decirlo así, libidinosa de las *Cartas persas*, aquellos detalles de eunucos, de pasiones, de prácticas y hasta de utensilios del serrallo, sobre los cuales se llamaba con suma complacencia la atención y la imaginación de los lectores, pudieron gustar á una sociedad que iba á apasionarse de las novelas de Crébillon hijo. Hoy esta parte nos parece artificiosa y muerta y por poco que se prolongara nos aburriría. Lo que hoy nos place y lo que buscamos en las *Cartas persas*, es á Montesquieu mismo compartiéndose entre sus diversos personajes, que juntos representan bajo trasparente máscara las costumbres, las ideas y toda la sociedad de la juventud de nuestro autor. Rica es el gracioso, el que de todo se burla, parisiense desde el primer día y pintando sarcásticamente las ridiculeces de los originales que pasan ante sus ojos y que imita. Usbek, más serio, resiste y razona; todas las cuestiones las expone y las discute en las cartas que dirige á los teólogos de su país. El arte de la obra y lo que en su mezcla aparente descubre el talento de composición, es que al lado de una carta del serrallo encontraremos otra sobre el libre albedrío. Un embajador de Persia en Moscovia escribe á Usbek acerca de los tártaros una média página que pudiera ser un capítulo del *Espíritu de las leyes* (Carta LXXXI); Rica hace á continuación la más fina crítica de la verbosidad de los franceses y de los insustanciales conversadores de sociedad, que hablando mucho y bien no dicen nada; despues diserta Usbek sobre Dios y sobre la justicia en una carta muy bella y de no poco alcance. La idea de justicia, independiente en sí misma, está expuesta allí segun los verdaderos principios de la institucion social. Montesquieu (pues él es quien habla) trata de establecer en que la idea de justicia no depende en modo alguno de las convenciones humanas: « Y si dependiera, añade, sería una terrible verdad que cada uno necesitara sustraerse de sí mismo. »

Montesquieu va más léjos. Trata de hacer la idea y el culto de la justicia independientes de toda existencia superior al hombre. Llega hasta decir por boca de Usbeck: « Aunque no hubiera Dios deberíamos amar la justicia, es decir, esforzarnos por parecernos al Sér del que tenemos tan hermosa idea y que, si existiera, necesariamente sería justo. Aun siendo libres del yugo de la religion no deberíamos serlo del de la equidad. »

Aquí tocamos al fondo del pensamiento audaz de Montesquieu; no seamos débiles, no vacilemos, expongámoslo sin indecision y en toda su desnudez. Él es quien dice:

« Aunque la inmortalidad del alma fuera un error, sentiria no creer en ella; confieso que no soy tan humilde como los ateos. Yo no sé cómo ellos piensan; pero en cuanto á mí, no trocariá la idea de mi inmortalidad por la de la beatitud de un día. Estoy satisfecho de creerme inmortal como Dios mismo. Independientemente de las ideas reveladas, las ideas metafísicas me dan la esperanza de mi dicha eterna á la que no quisiera renunciar. »

Estas palabras contienen la medida de las creencias de Montesquieu y de su noble deseo; hasta en la expresion de este deseo se desliza siempre la suposicion de que, *aun cuando la cosa no existiera* sería mejor creerla. No censuro á este hombre que se entrega, *en todo caso*, á la elevacion y á la idealizacion de la naturaleza humana; pero no puedo ménos de observar que esto es tomar y aceptar las ideas de justicia y religion más bien por el lado político y social que virtualmente y en sí mismas (1).

Montesquieu, á medida que se desprende de la ironía de sus *Cartas persas*, entra más y más en la via respetuosa para los objetos de la conciencia y de la veneracion humana: no creo por eso que entrara más íntimamente. ¿Qué resulta de aquí? Que en medio de sus trozos más majestuosos hay una especie de aridez. Tiene ideas; pero no tiene sentimientos políticos. Falta vitalidad, le falta un lazo y se adivina un poderoso cerebro más que un corazon. — Tengo empeño en notar, si no este lado débil, este lado frio de un grande hombre.

Uno de sus pensamientos me ha llamado siempre la atención:

« Fontenelle, ha dicho Montesquieu, tan encima de los demas hombres por su corazon como debajo de los literatos por su ingenio. » Leo y vuelvo á leer este pensamiento y, recordando lo que fué Fontenelle, creo que debe leerse: « Fontenelle tan *por debajo* de los otros hombres por su corazon como... etc. » Pero no: parece claro que esto

(1) Montesquieu es de la misma religion que Polibio cuando este último habla tan favorablemente de la buena influencia de la opinion religiosa sobre la moralidad de los romanos: « Tuvieron mucha razon los antiguos esparciendo entre el pueblo que habia dioses, etc. »
N. del A.